

dicafen. Con esto fue tanta la consolacion, que sintieron, que toda su tristeza se les convirtió en alegría; y para mas consolarlos, les dixo, que no los dexafen venir, salvo si fuesen otros en su lugar.

Dieron, pues, la buelta estos Pobrecillos, mudado el tono del sentimiento, que avian traído, en nueva manera de goço, mui acallados, y contentos con sus Padres: como los Niños, que avian perdido à sus Madres, y llorando las avian buscado, y halladas, mudan las lagrimas de tristeza, en lagrimas de alegría. Y en el camino les iban contando el desconfuero, que ellos, y los que quedaban en el Pueblo avian sentido; y cada vno trabajaba de mas llegarle à ellos, como hacen los Polluelos, debajo de las alas de su Madre. Como iban otros delante, con la Nueva, salieron casi los mas que quedaban al camino, à recibirlos con el mismo goço.

Llegados los Religiosos al Monasterio, y hecha primero Oracion en la Iglesia, hablaron, y consolaron à todos, certificandoles, que venian de asiento, para quedarle con ellos. Mas con todo esto, los Indios pusieron Guardas, que de Dia, y de Noche velafen, porque no se les fuesen sus Maestros, y Padres; y ellos sossegados, y consolados, fueronle à sus Casas.

En este mismo Capitulo (que arriba dixese celebrò en Mexico) quedaba otra Casa sin titulo de Guardiania, sujeta al Convento de Huexotzinco, para que fuera visitada de los Religiosos de aquel Convento, como Vicaria: este era el Pueblo, y Ciudad de Cholulla, que aora es de las mejores Casas, que renemos, y que ha muchos Años, que sustenta Estudio de Moços, y ai de continuo treinta, y mas Moradores en esta Casa: y la Gente del Pueblo, es de la mas rica de todas las Indias, porque los Vecinos de él (casi todos) son Mercaderes.

Estos, quando supieron la Nueva, para ellos penosa, y desgraciada, concurren muchos al Monasterio, con el mismo sentimiento, que tuvieron los de Xuchimilco, y lloraron amargamente en la Iglesia, delante del Santissimo Sacramento, y despues con otros tres Frailes, que avia en aquella Casa; los quales, llorando tambien con ellos de compasion, procuraban de consolarlos; pero no avia consuelo, para quien tantofuente la pérdida, que ellos imaginaban,

si los Frailes les faltaban; antes creció tanto su dolor, y el deseo de alcanzar su remedio, que acordaron de ir luego à Mexico, no espantandolos la distancia del Camino (que son diez y nueve, ò veinte Leguas) ni curando de aguardar mucho matalotaje. Y así vinieron luego, no tres, ò quatro, como Procuradores, sino mas de ochocientos, y hubo muchos, que dixeron ser mas de mil; y quisieron venir muchas Indias, con ellos, mas no lo consintieron los Principales, por ser tan lexos.

Llegados à esta Ciudad, entraron en el Convento de San Francisco, con el impetu, y sentimiento, que queda dicho de los otros (porque esta Gente ha sido mui devota en esta Nueva-España) haciendo, y diciendo tantas lamentimas, que el Provincial no pudo dexar de embiarlos consolados, dandoles Frailes, que asistiesen en su Monasterio, como lo avia hecho con los de Quauhtlan, y Xuchimilco. Y obrò Dios, lo que suele, con los Misericordiosos (segun se lo tiene prometido) que estando entonces los Frailes de la Provincia mui descuidados, de que les viesse socorro de España, porque estaban certificados, que el General de la Orden no queria dar Frailes, y los Provinciales, por el configuiente, no consentian, que se les faciese alguno de sus Provincias. Cerrada la puerta de toda esperanza humana, apenas huvieron proveído aquellas tres Casas de Religiosos, quando tuvieron nueva, que avian llegado al Puerto veinte y cinco; los primeros de los ciento y veinte, que iba sacando Frai Jacobo, en virtud de la Bula, que diò el Papa Paulo III. à pedimento del mui Catolico Emperador. Con esta tan buena ajuda, se pudo facilmente suplir la falta, que los Indios, y Frailes de la Provincia padecian, y hubo, para embiar nuevos Obreros à Yucatàn, y Guatemala; con que toda la Tierra quedó consolada.



CAP. V. De lo que hicieron los Indios de el Pueblo de Quauhtinchàn, por no perder la Doctrina de los Frailes de San Francisco; y lo que pasaron, por no querer recibir Religiosos de otra Orden.



MUCHOS han sido los Pueblos de esta Nueva-España, que han padecido grandes trabajos, y puesto de su parte suma diligencia, por no perder la Doctrina de los Frailes de San Francisco, que los convirtieron primeramente a la Fè, y los criaron con la Leche, y Manjar de el Santo Evangelio; aunque algunos no pudieron salir con ello, por la falta que en aquella saçon hubo de Frailes de esta Orden, para cumplir con todos; pero otros, por su buena diligencia, tuvieron dicha de alcanzarlo. De estos contare dos, ò tres Exèmplos, por aver sido notables, y de grande consideracion para nuestros Españoles; en orden de estimar, reverenciar, y querer à los Ministros Evangelicos.

El Año de 1554. vn Padre Provincial de cierta Orden, que despues fue Obispo en vna Iglesia de estas Indias, rogò al Provincial de los Franciscos, que à la saçon era el Siervo de Dios Frai Juan de San Francisco (cuya heroica, y Apostolica Vida se dice en su Coronica) que pues no tenia Frailes en el Pueblo de Quauhtinchàn (que es seis Leguas de la Ciudad de los Angeles, entre el Oriente, y Medio Dia) sino que lo visitaban de el Convento de Tepéaca, que se lo dexase à su cargo, y que el pondria Frailes, que asistiesen de asiento, y diesen recaudo de Doctrina, y Sacramentos à aquellos Indios, porque no tenian Monasterio de su Orden en toda aquella Comarca de la Ciudad de los Angeles, à cuià causa, su Convento, que en ella tenian, padecia mucha necesidad, por falta de alguna ajuda, y socorro. El Provincial Francisco, condescendiendo facilmente con su ruego, dixo, que por lo que à él, y à su Orden tocaba, pudiese Frailes, con la bendicion de Dios, en Quauhtinchàn, que él, ni los suyos, por

ninguna via, se lo estorvarian, ni contradirian. Alegre con esta respuesta el otro Provincial, que lo pretendia, no quiso fiar de otro la Conclusion de vn Negocio, que tanto él, y sus Frailes deseaban; mas antes se aprestò, para ir en Persona à tomar la posesion, y ganar la voluntad de los Indios, pareciendole, que por ser Provincial, le tendrian mas respeto, y que con sus buenos medios, tendria mas eficacia para atraerlos. Y así, tomando por su Compañero à otro Padre Viejo (ambos, en realidad de verdad, Santos Religiosos) fueron derechos à Quauhtinchàn, donde llegaron vn Martes, diez Dias de el Mes de Junio de el dicho Año. En este medio, yà los Indios avian oido decir, como el Provincial de San Francisco, avia dado su beneplacito al otro de la otra Orden, para que pudiese allí Frailes de su mano, y orden, aunque no lo avian tenido por cierto. Mas como el Indio, Portero de la Iglesia, llamado Pedro Galvez, vio aquellos dos Padres, que venian tan determinados, y derechos à la Iglesia, recelándose de que fuese verdad lo que se avia dicho, y no atreviéndose à abrirles la Puerta de el Aposento, donde se acogian los Religiosos, que venian à decirles Misa, y Doctrinarlos, sin sabiduria de el Governador, y Alcaldes, fue-se corriendo para las Casas de Cabildo, donde estaban juntos, con otros Principales, y dioxoles, como avian llegado dos Religiosos de tal Orden, y entrado à hacer Oracion en la Iglesia, y que venia à preguntarles, si les abriria el Aposento, donde solian dormir sus Frailes.

El Governador, llamado Don Felipe de Mendoza, y Alcaldes, Domingo de Soto, y Juan Lopez, y los demas, que allí estaban, alborotaronse en oír esta nueva, porque dieron luego credito à lo que se avia dicho, y entendieron, que aquellos Padres venian de hecho à meterse en posesion de su Iglesia, y Casa, y mandaron al Portero Galvez, que se escondiese, y no pareciese delante de aquellos Padres, porque en ninguna manera querian, que entrasen en aquel Aposento. Hicòlo así el Portero, y ellos todos hicieron lo mismo, yendose cada vno à recoger à su Casa, y ninguno pareció en la Iglesia, por aquella Tarde.

Esta mala nueva para ellos, fue luego de mano, en mano divulgándose por todo el Pueblo; y sabida por todos, no

pequeña niebla de tristeza cubrió sus Cora-
raçones; y començaron à andar desafos-
segados; y como afombrados, temien-
do en lo que avia de parar aquel Ne-
gocio, como si estuvieran en visperas
propinquas de aver de ser entregados, en
manos de algunos Enemigos.

El Provincial, y su Compañero,
acabada de hacer su Oracion en la Igle-
sia, fueron à la Puerta de el Apofento,
y hallaronla cerrada, y luego entendie-
ron, que el Portero se avia desapare-
cido, por no abrirles. De aqui sintieron
la poca voluntad, que el Pueblo tenia
de recibirlos. Mas con todo esto, acor-
daron de hacer de su parte, todas las di-
ligencias posibles, y así salieron à los
Caminos, y Calles, que iban para las
Casas, à ver si parecia alguna Gente, pa-
ra decirles, que les llamasen al Portero,
ò alguno de los Principales; mas en vien-
dolos de lexos algun Indio, luego daba
à huir, y se escondia. De manera, que
perdiendo en esto vn rato de tiempo, y
haciendose ya tarde, no tuvieron otro
remedio, sino bolverse à la Iglesia, y
quebrantar la Puerta de el Apofento, co-
mo lo hicieron, y metieron dentro su
Hato, y pusieron los Caballos por allí
cerca, donde mejor, y mas seguros pu-
dieron estar; y comieron de lo que traian
con sígo, y así pasaron aquella Noche.

Otro Dia Miercoles, por la maña-
na, ellos mismos tañeron la Campana
à Misa, y se dispusieron, y aparejaron
para decir la. Los Indios Principales,
porque no les arguiesen, que no eran
Christianos, pues no acudian à la Igle-
sia à oír Misa, diciendose en el Pue-
blo, y tambien por saber de aquellos
Padres, que era lo que pretendian, de-
terminaron de ir à oír la. Dicha la Misa,
el Provincial se asentò, como para pre-
dicarles, ò decirles algo, y ellos tam-
bien se asentaron, y aviendoles repre-
hendido con blandura, porque ningun-
o de ellos avia parecido el Dia antes,
para darles recaudo, siendo ellos Reli-
giosos, y viniendo à aconsejarlos espiri-
tualmente, y darles Doctrina para sa-
lud de sus Almas; luego los saludò, y di-
xo: que antes que les declarase la causa
de su venida, queria preguntarles hasta
donde solian antiguamente llegar los ter-
minos de aquel su Pueblo, y quanto se
solia estender su Jurisdiccion? Levanta-
ronse entonces dos de los mas Ancianos,
y Viejos, y respondieron, diciendo: Has
de saber (Padre) que antiguamente, an-
tes que huviese memoria de Tepeaca, ni

de Acatzinco; ni Tecali, nuestros An-
tepadados ya tenian fundado este Pue-
blo de Quauhtrinchán, y toda la Tierra
de esta Comarca, donde abra están fun-
dados estos dichos Pueblos, era de nues-
tros Abuelos; porque en todo ello no
avia entonces nombre de otro Pueblo, si-
no de Quauhtrinchán.

Teniendo ya motivo el Provincial
para su intento, arrojòles la raçon, di-
ciendo: Bien està eso, y me huelgo
de averlo oido, porque hace mucho à
nuestro proposito; y así, sabed, Hijos
mios, que la causa, porque aora veni-
mos este Padre, y Yo, es por el celo,
que tenemos de la Salvacion de vuestras
Almas, y de que vuestro Pueblo sea hon-
rado, ampliado, y engrandecido, con
la presencia, asistencia, y favor de los
Religiosos, que os tendrán à cargo; por-
que bien sabeis, que si Tepeaca es Ciu-
dad, y està tan engrandecida, y enoble-
cida, es por el ser, que le han dado los
Religiosos de San Francisco, que están
allí de asiento, y lo mismo es de otros
Pueblos Comarcanos, y de los demás,
donde residen Religiosos. Y si este vuestro
Pueblo està tan desmembrado (y lo
estará, si vosotros no abris los Ojos)
es porque os sujetais à ir à Misa, y acu-
dir à las demás cosas Espirituales à Teca-
li, y no teneis Frailes de asiento, ni los
Padres Franciscos os los pueden dar, que
son pocos, y tienen muchos Pueblos
à su cargo. Y esto ya veis, quan gran-
de afrenta sea, para vuestro Pueblo, que
en los otros mas nuevos, y que avian
de ser sujetos à el (segun vosotros mis-
mos contais), aia Ministros de asiento,
y que antiguamente era la Cabecera de
todos ellos, no los tengais? Lo qual
tambien resulta en daño de vuestras Ani-
mas, y de vuestros Hijos; porque no
teniendo Sacerdotes, que residan en
vuestro Pueblo, no dexarán de morir-
se hasta los Niños, sin Bautismo, y otros
Enfermos sin Confesion. Por esta cau-
sa, nosotros avemos venido à ajudaros
en esta necesidad; porque Yo os dexaré
dos Sacerdotes, que estén aquí de asien-
to, y os Confiesen, Prediquen, digan
Misa, y Bautizen à vuestros Hijos, y
hagan lo mas que os conviniere. Y es-
to, sabed, que lo hago con consenti-
miento, y voluntad de el Padre Pro-
vincial de San Francisco, el qual, por
vuestro provecho, huelga de ello, y me
ha certificado, de que no vendrán
mas à visitaros los Frailes de su Or-
den.

He

Hecha esta Platica, levantaronse el
Governador, Alcaldes, y Principales, y
respondieron brevemente, diciendo: Sea
por amor de Dios, Padre, tu buen ce-
lo, y deseo de aprovecharnos; nosotros
te lo agradecemos; mas entiende, que
si vosotros quereis tener cargo de noso-
tros, nosotros no quereimos, que lo ten-
gais, ni residais en nuestro Pueblo: El
Provincial (aunque afrentado de esta res-
puesta) disimuló la raçon, y dixoles:
Que es la causa, Hermanos, porque no
quereis, que los Religiosos de mi Orden
vengan aquí? Los Indios respondieron:
No te debes maravillar, Padre, que di-
gamos esto; porque bien sabes, que
quando vn Niño està criado à los Pechos
de su Madre, ò de el Ama, que le dà
Leche, desde que nació, y viene à tener
ya vn poco de conocimiento; se le ha-
ce mui dificultoso desamparar à su Ma-
dre, ò à la que le diò el Pecho, y està
en Braços de otra Persona estraña, que
nunca conoció, ni trató; aunque sean
muchos los regalos, que le haga, y ca-
ricias, que le muestre. Así nosotros,
como los Hijos de San Francisco, fue-
ron los que nos escaparon de las Vnas
de nuestros Enemigos los Demonios, y
nos sacaron de las Tinieblas de nuestra
Antigua Infidelidad; y en sus Manos
fuimos regenerados, y de nuevo naci-
mos por el Agua de el Santo Bautismo,
que nos administraron, y nos han su-
tenido con la Leche, y mantenimien-
to de la Doctrina Christiana, y nos han
criado, y amparado, como à Niños de
poca edad, como si fueramos sus Hi-
jos mui regalados, no es mucho, que
rehusemos de dexar Padres tan conoci-
dos, por llegarnos à otros; que nunca
conocimos; ni sabemos como nos irá con
ellos. Los Frailes de San Francisco nos
han sufrido, hasta aquí, ellos recibie-
ron con paciencia la podredumbre, y he-
diondez de nuestros abominables Peca-
dos, que cometimos en tiempo de nues-
tra Infidelidad; ellos nos lavaron, y
alimpiaron, como si fueran nuestras Ma-
dres; ellos nos conocen, y nos han con-
festado, y confiesan siempre, y muchos
de nosotros hemos recibido de su Ma-
no el Santísimo Sacramento de la Co-
munion; han pasado por nosotros gran-
des trabajos, y fatigas; hanse quebrado
las Cabeças, y rompido sus Pechos (que
es modo de hablar suyo) por Predicar-
nos, y Doctrinarnos; y esta es la causa
sa, porque no quereimos, que vosotros

Tomo III.

quedeis aquí, porque ai están nuestros
Padres los Hijos de San Francisco, en
los quales tenemos puesto nuestro Co-
raçon. El Provincial, oyendo estas pa-
labras, y otras semejantes à los Indios,
dixo: Basta, Hermanos, que estais mui
aficionados à los Frailes de San Franci-
sco, pues hagoos saber, que estais mui
engañados, porque ya ellos os han des-
amparado, y por su intercesion venimos
aquí nosotros, que nos lo han encomen-
dado, porque ellos no han de bolver mas
aca. A lo qual, los Indios respondi-
eron: Aunque ellos nos aian desampara-
do, y desechado, nosotros no los he-
mos de dexar. Viendolos tan determi-
nados, el Provincial les tornò à decir:
Aora bien, Hermanos, no recibais pe-
na por esto, idos aora con la Bendiccion
de Dios, que el os pondrà en los Cora-
çones lo que mas os convenga. Des-
cansad, y reposad, que nosotros ya esta-
mos en nuestra Casa; con esto se salieron
todos los Indios.

Aviendo oido todas estas Platicas,
el Indio Fiscal de la Iglesia, llamado
Geronimo Garcia, llamó à parte al Por-
tero Pedro Galvez, y dixole, que ya
avia entendido de cierto, como aquellos
Religiosos avian venido à quedar de
asiento (cosa, que à ellos por ninguna
via les convenia) por tanto, que à la
Noche, quando durmiesen, sacase de
la Iglesia todos los Ornamentos de ella,
y el recaudo de la Misa, y lo escondie-
se en parte secreta, y segura; porque
aquellos Padres no se lo llevasen, y des-
pues se viesen en trabajo, para sacarse
de su poder. El Indio Portero lo cum-
plió así, y sacando todos los Ornamen-
tos, y Adereços de la Iglesia, con sus
Arcas, donde se guardaba; llevólo à
esconder en Casas Particulares de Indios,
lexos de la Iglesia, adonde se guardò to-
do, hasta su tiempo, sin faltar cosa al-
guna.

Otro Dia, vista por aquellos Pa-
dres la poca gana, que aquel Pueblo
tenia de recibirlos, y que les avian es-
condido todo el recaudo de la Iglesia,
acordaron de vsar de alguna cautela, para
tomar posesion de la Casa, y Sitio, pá-
ra su Orden, y con este fundamento lle-
var el negocio por vía, y tela de Justi-
cia, pues que en el Provincial de San Fran-
cisco no avian de tener contradiccion, ni
resistencia.

Para esto llamaron al Indio Portero,
Pedro Galvez, que andaba por allí, y

Rc

á otros dos Indios Cocineros, llamados Juan Bautista, y Diego Vazquez, y metiéndolos dentro de el Apotento, hicieron desnudar, y con sus propias Manos, les ataron las Manos, y puesta una Soga delante de ellos, les dixo el Provincial, que los avian atado, y tenían aquella Soga para ahorearlos, sino hacían lo que les decían: Que pues los Principales les eran contrarios, y no querían consentir en que ellos quedasen allí, que los dichos Cocineros, y Portero, consintiesen, y dixesen, que holgaban, de que los Religiosos de su Orden entrasen allí á tener cargo de su Doctrina, y Administracion de Sacramentos; porque estos sus dichos se escribirían, y llevarían á la Real Audiencia de Mexico; y que si ellos hacían esto, les prometían de favorecerles, y hacer por ellos, de manera, que en todo fuesen mejorados, y aventajados, sobre todos los Principales del Pueblo.

Los Indios, así atados, respondieron: Padres, nosotros no somos Señores, ni Principales, para que sea de algun valor nuestro consentimiento, que no somos sino Vasallos Populares, de los que se llaman Macehuales, que servimos á otros. Mas aunque somos así Gente baxa, y comun, decimos, que no queremos, que tengais cargo de nosotros, porque los Frailes de San Francisco nos bautizaron, y casaron, y nos confesaron, y nos quieren, y aman, y sufren, como á Hijos, y por esto les tenemos mucha afición, y no los queremos dexar. El Provincial les dixo otra vez, que mirasen, que los Frailes de San Francisco, ya no avian de bolver mas allí; y tornó á hacerles mayores promesas, si daban su consentimiento, como se lo pedían; mas ellos respondieron, que por ninguna via darian otra cosa, sino que no querían.

Viendo esto el Provincial, soltólos, y hechólos fuera, mandándoles, que no bolviesen mas á la Iglesia, ni sirviesen en ella. Y sabido por los Principales lo que con estos Indios avia pasado, juntaronse todos, y trataron, entre sí, de lo que deberían hacer. Y conformando en los pareceres, dixeron todos á una voz: Nosotros hacemos voto, desde aquí, de no recibir á otros Ministros, sino fueren los Hijos de San Francisco: los quales, aunque nuestros Abuelos no los vieron, ni nosotros hemos merecido alcanzarlos de asiento, en nuestro Pueblo, ya los hemos visto, conversado, y co-

deber (Padre) á lo siguiente, antes que bolviesen á ir de Tepeaca, ni

nocido, y sabemos su manera de vivir: en lo qual, Nuestro Señor nos ha hecho mucha merced. Y aunque ahora nos desampara, y nos deshecha el Provincial de San Francisco, y nos pone en manos de otros estraños, con todo esto nosotros no los hemos de dexar, aunque muramos por ello; porque á San Francisco nos ofrecemos, y en sus Manos nos ponemos, él haga lo que quisiere; y si estos Frailes nos persiguieren, y affigieren, matemos, y ninguno se escape, que todo lo damos por bien empleado sobre este caso.

Dicho esto, concertaron, entre sí, que ninguno diese costa de Comer, ni Beber á ninguno de aquellos Frailes (que por fuerza se querían entrar en su Pueblo) mientras allí estuviesen. Concertaron mas, que el Domingo, todos ellos, así Principales, como Plebeios, fuesen á oír Misa á Tecali, y á Tepeaca, donde avia Monasterios de Frailes Franciscos; y que ninguno quedase allí á oír Misa, ni entrase á ver aquellos Frailes. Lo qual cumplieron inviolablemente, que todo el tiempo, que allí estuvieron aquellos Venerables, y sufridos Religiosos, no hubo Indio, ni India, que les diese un Jarro de Agua, ni que entrase á ver si querían algo, de que ellos recibiesen mucho consuelo; y pasaron harto trabajo, porque ellos mismos iban de Casa en Casa á encender Lumbre, quando la avian menester. Y su Comida, eran algunas Maçorcas de Maiz, que hallaron de la Ofrenda de la Iglesia, tostadas al Fuego. Para beber un poco de Agua, aguardaban en el Camino á los Indios, ó á las Indias, que la traían de Pozos para sus Casas, y tomaban de ella lo que avian menester. Para decir Misa, huvieron de embiar por el recaudo á uno de sus Monasterios, con los Moços, que traían para curar de los Caballos, porque ninguna cosa, chica, ni grande, se les dió, ni cosa que les pareciera Gente para ellos.



CAP.

CAP. VI. En que se prosigue la materia de el pasado, cerca de lo sucedido en el Pueblo de Quaubtin-chán.



El Sabado siguiente como estos Religiosos no tenían noticia de lo que pasaba; porque no avia quien de los Indios les hablase, ni hiciese rostro, quisieron saber, qué pecho tenían los Principales, y si avian por ventura ablandado alguna cosa. Para esto procuraron hacerlos venir ante sí, dándoles á entender, que les cumplía lo que les querían decir. Venidos que fueron á su presencia, el Padre Provincial, disimulando el mal tratamiento, que les avian hecho, y mostrando mas contento del que tenía, les dixo: Hijos míos; heos hecho llamar, para que me digais, qué es lo que Nuestro Señor os ha inspirado, y puesto en vuestros corazones, para que lo sepamos: porque nosotros ya estamos aquí, como en nuestra Casa, y ninguna cosa nos dá pena.

Los Principales, que oieron la resolución del Provincial, respondieron: No tenemos, Padre, que decirte, ni que responderte, mas de lo respondido: si estais contentos aquí en nuestro Pueblo, y Casa, como estais, estaos en buen hora, que nadie os hecha de ellas. Y si decis Misa, decidla, con la Bendición de Dios, que ninguno os lo estorva; pero sabed, que nosotros hemos de acudir á Tepeaca, y Tecali, adonde están nuestros Padres. Allí queremos ir á oír Misa, y confesarnos, y llevar nuestros Hijos, que nacieren, para que los bauticen; porque es grande la afición, que tenemos á los Frailes de San Francisco, y no los hemos de dexar; y Mañana Domingo vereis, como no queda Hombre en este Pueblo á oír vuestra Misa, que todos se irán á oír la de sus conocidos Padres, porque les quieren mucho, y les hacen Limosna, y les darán quanto tienen de muy buena gana, y ninguna tienen de recibirnos á vosotros; por tanto, tened entendido, que será tiempo per-

Tomo III.

dido andar en mas demandas, y respuestas.

El Provincial, oiendo estas palabras, tan desnudas, y libres á los Indios; estuvo un rato baxa la cabeça de puro afrentado; mas disimulando todo lo que pudo, al cabo de rato, les dixo: Pues tened entendido, Hermanos, que aunque respondais esto, y lo que mas quisieredes, todo os lo sufriremos, y no nos hemos de ir. Y aunque no nos deis cosa alguna de comer; no por eso hemos de salir de aquí, que esta es nuestra Casa, y aquí hemos de quedar: y ahora escribo á mis Frailes, que vengan algunos de ellos, y aquí hemos de estar mas de lo que pensais: por eso consolaos, y aved placer.

Dichas estas palabras, sin mas respuesta, se despidieron los Indios de el Provincial, y Compañero, y salieron á se fuera. Y viendo, que tan reacios se hacían aquellos Religiosos, y que ni con palabras, ni obras los podían vencer, para obligarlos á que se fuesen, sino que mostrando contento, decían, que allí avian de permanecer, mal que les pesase, no era poca la afición, que su espíritu tenía. Encontrados los unos, y los otros, con el sentimiento de los Religiosos, en ver á los Indios tan absolutos, y los Indios en ver que los Religiosos sufrían, y callaban, y permanecían; y aunque desde el Día, que allí se les entraron, no se descuidaron en solicitar, y prevenir á todos los que sabían ser alguna parte, para su favor; entonces se dieron maior prieta en acudir á unos, y á otros.

Muchos de ellos, así Principales, como Populares, vinieron á Mexico, á la presencia de el Virrei Don Luis de Velasco, el Primero, y llevando consigo intercesores, con muchas lagrimas le suplicaban, no permitiese, se les hiciese aquella fuerza de darles, contra su voluntad, los Ministros, que ellos no querían; quitándolos de la Doctrina, y manutención de los Frailes Franciscos, que los avian criado. El Virrei no sabía, qué remedio darles; porque sabía, que el mismo Provincial de San Francisco los avia ya dexado, y puesto en manos de Frailes de otra Orden. Lo que mas hacia, era remitirlos al mismo Provincial de San Francisco, y al Obispo de Tlaxcala, como á su Ordinario. A otras muchas Personas Principales ponían los Indios por Medianeros, para con el Provincial Frai Juan de Sa-

Rt 2. Fray